

EL ARABE QUE HABLAMOS (1)

CUANDO se oye hablar el árabe, lo que más llama la atención es su exceso de guturales fuertes, tanto que para representarlo fonéticamente hemos ideado en Chile la frase: «Bájame la jaula, Jaime.» Y nos inclinamos a pensar inmediatamente que las diez mil y tantas palabras de este idioma que pasaron al español en los siete y medio siglos de dominación mulsumana han debido ser suavizadas, para acomodarlas a la mayor dulzura del latín. Si estudiamos varios casos particulares, veremos que esto no es así; que, por el contrario, palabras árabes de suave entonación han tomado en el castellano una marcada aspereza. Los ejemplos son numerosos; basta citar al azar unos cuantos: *naranch*-naranja; *yarra*-jarra; *zirafa*-jirafa; *achuar*-ajuar; *llaez*-jaez; *in sha Alah*-ojalá, etc. La explicación está en que abunda en árabe la *h*, que es pronunciada como en los idiomas germánicos, es decir, aspirada; de tal manera que árabes, ingleses y alemanes pronuncian lo mismo la palabra «alcohol». La *h* árabe se hizo muda al pasar al español, salvo en pocas excepciones, como en *al-hilel*-«alfiler». En otros casos desapareció: *azarh*-azar; *alhacena*-alacena.

Pero en general las palabras árabes al pasar al español han tenido menos variaciones de forma que las latinas. Numerosas son las que se han conservado invariables; citaremos entre las más usadas: *arroz*, *azúcar*, *aceituna*, *limón*, *alcuza*, *alçoba*, *aldaba*, *aceite*, *acequia*, *tarifa*, *tarima*, *zorzal*, *azucena*. En una gran cantidad la variación es insignificante, o sólo varía la pronunciación como en *alhelí*, *almohada*, *alharaca*.

En cuanto a los cambios semánticos, son también en menor proporción que en las de origen latino. Se debe esto seguramente a que la gran mayoría de las palabras de origen árabe son sustantivos concretos, en mucho menor cantidad los adjetivos y unos pocos verbos.

Hay palabras árabes cuyo uso se ha conservado en Chile

(1) Este artículo ha sido escrito con la cooperación del secretario del Club Sirio-Palestino en Santiago, don Pedro Schain, quien estudió el árabe en una de las mejores escuelas de su ciudad natal, Damasco. Posee el señor Schain un buen diccionario árabe y otro de lo más completo, en varios tomos, árabe-francés y francés-árabe. Además, recibe continuamente revistas de Egipto y Siria, redactadas en este idioma, y tiene libros de los mejores escritores árabe-parlantes, de modo que está al día en lo que se refiere a su idioma patrio.

entre la gente campesina o entre la plebe de las grandes ciudades; y habrá muchos que temen usarlas en la creencia de que se trata de chilenismos no aceptados por el léxico oficial. Tal ocurre con *baldado*, empleado con el significativo que le da el diccionario: «privado del uso de alguno de los miembros, por enfermedad o accidente». El verbo *baldar* que figura en el diccionario ya no se usa, y sólo queda el participio. Viene este vocablo del árabe *batala*, verbo que significa: «privar a una cosa de algo, dejar de funcionar».

Una cosa semejante ocurre con *cáfila* («una multitud de personas o cosas»), que no ha variado de forma, pero sí de significado, porque «cáfila» llaman los árabes a lo que nosotros llamamos «caravana». Este último vocablo, según la Academia, tiene su origen en el persa *carauan*. En árabe existe el vocablo *al-caravan*, pero es el nombre de un pájaro.

Hay vocablos árabes que han pasado al español con su misma acepción, y la conservan en la península, pero han variado en América: tal ocurre con *azafate*, de *al-zafat*, «un canastillo de mimbre o alambre». En algunos casos, a vocablos árabes de uso general se ha dado en español uno más restringido. Así «alforza» viene de *al-jazar*, «costura». Este vocablo, sin el artículo, es un verbo que significa: «pasar una cosa de una parte a otra; coser, etc.» «Alférez» deriva de *al-feriz*, «hombre diestro para montar un caballo» o sea lo que nosotros llamamos un *jinete*, vocablo este último que, según la Academia, tiene su origen en otro griego, y según otros, en el nombre que se daba a cierta caballería berberisca que los moros trajeron a España. Algo semejante ha ocurrido con «badana», que viene de *batana*, «cualquier clase de forro».

Van a continuación algunos sustantivos nuestros que tienen su origen en algún verbo árabe:

«Sofá» de *saffa*, colocar uno al lado del otro.

«Alborozo», de *boruz*, mostrarse después de haber estado oculto; salir a cancha; exhibirse».

«Tarifa», de *tarifa*, dar a conocer, publicar.

«Zahorí», de *sahuri*, sacar a luz una cosa, hacerla brillar, descubrir un tesoro. Se da en árabe este nombre al hombre capaz de ver algo bajo tierra, descubrir lo oculto.

«Albacea», de *al-wasa*, la acción de testar.

«Alfiler», de *al-hilal*, «colocar una cosa entre otras dos, estrechamente». En árabe moderno al alfiler es llamado *dabus*.

«Baza», de *bazza*, ganar a alguien, obligarlo, quitar una

cosa a una persona. «Bazza» se llama también la cosa quitada o ganada.

«Zaga», de *zakat*, hacer andar un caballo lerdo.

«Tabique», de *tachbiqui*, afirmar una cosa con otra.

«Alarido», de *garida*, dar la nota aguda en el canto, el canto agudo de los pájaros. Los árabes llaman al tenor «al-garrid».

He aquí ahora una lista de palabras cuya acepción ha variado al pasar del árabe al español:

«Azulejo», de *azelich*, una piedra muy lisa. Es sustantivo derivado del verbo *zalaya*, «resbalar».

«Albóndiga», de *Al-bundoc*, una especie de avellana pequeña, de color rojizo.

«Bodoque», de *bundoca*, una avellana grande.

«Alacena», de *albacena*, hueco practicado en la pared, para guardar alguna cosa de valor, o esconder un tesoro.

«Alarde», de *Al-hardd*, una parada militar, una representación.

«Alcahuete», de *al-cuwad*, el que guía a las tropas.

«Avería», de *awara*, cosa echada a perder: un traje con roturas, etc.

«Zagal», de *zagal*, joven animoso.

«Aloja», de *jaloc*, una especie de perfume muy penetrante, como el almizcle.

«Dársena», de *darsinaa*, escuela de artes y oficios.

«Diván», de *diuan*, la sala en que se verifica una reunión.

«Alcantarilla», derivado de *al-cániara*, un arco de piedra o de ladrillos.

«Candil», de *candil*, lámpara de aceite que se coloca en las mezquitas o en las iglesias.

«Jubón», de *llubat*, un vestido largo.

«Arrope», de *arrob*, el líquido espeso y dulce obtenido después de cocer cualquier clase de frutas.

«Aduana», de *adayuan*, una oficina pública, para recibir a la gente.

«Almanaque», de *almanaj*, el clima.

«Bellota», de *balota*, nombre de un árbol.

«Tahur», de *dajul*, hombre falaz y astuto.

«Jaez», de *llahez*, adorno, la corona de azahares de la novia.

«Ajuar», de *achuar*, el vestuario más bonito que puede llevar una persona.

«Alcoba», de *al-cobba*, el cielo; todo techo redondo y cón-

cavo de una habitación; la habitación que tiene techo en esta forma.

«Cafre», de *cafer*, incrédulo, ateo.

«Zoquete», de *zocat*, fruto que cae del árbol y que no se aprovecha: pasmado o verde.

«Zaino», nombre que dan los campesinos al caballo de color café, viene de *jaen*, «traidor».

«Alazán», de *al-hazan*, el caballo fino, el más bonito.

«Haras», palabra con que en los idiomas europeos se designa al criadero de caballos de carrera; significa en árabe, «un corral para caballos».

«Joroba», de *hadaba*, toda cosa convexa.

«Cazurro», de *cadzur*, hombre desaseado.

«Almácigo», de *almazara*, un prado, una plantación.

«Alarife», de *al-arif*, el sabio.

«Albricias», de *al-bichara*, el anuncio, la buena nueva.

«Alcurnia», de *al-cunya*, el nombre, el apellido.

«Adalid», de *adalil*, el que dió la señal, el que muestra el camino.

«Algazara», de *algazara*, abundancia, exceso. Por extensión, se dió también nombre de «algazara», exceso de bulla, a la gritería que formaban las tropas moras al atacar al enemigo.

«Bata», de *batt*, un vestido de tela gruesa que se usaba antes. También esta palabra es un verbo árabe que significa «cortar de raíz».

Es curioso el origen de algunos vocablos. Así nuestro verbo «arrear» viene de la interjección *harr* con que los árabes del desierto animan a los camellos. *Harr* es también el nombre de una enfermedad intestinal del camello.

Cohol, que dió forma a la palabra alcohol, es en árabe el nombre del genio de la locura, o más bien de una especie de *cuco* para asustar a los niños. Se supone que se dió este nombre al alcohol por los árabes, debido al efecto producido por el aguardiente en el hombre.

Al-jara llamaban los árabes a una caballería ligera que salía en son de guerra por campos cristianos en España; de donde nació nuestra «algarada».

Alharaca, de *al-haraca*, el movimiento general, como por ejemplo, el movimiento de la tierra. Se dice *al-haraca*, por el movimiento hecho por el hombre con un solo miembro: un brazo, una mano, etc.

«Ajetreo», de *al-tharic* (se pronuncia *alt-jaric*), «varios movimientos al mismo tiempo: es aplicable al hombre que camina y mueve al mismo tiempo los brazos».

«Gandul», de *gandur*, un hombre elegante equivalente a un «pije».

Quermes, se llama en árabe a un insecto, por el estilo de la cochinilla, que da el color rojo: de ahí derivan nuestros vocablos «carmesí» y «carmín».

«Quilate», viene de *quirat*, la 24 avas parte del miskal, medida de peso que se usaba antiguamente, aplicable al oro y a las piedras preciosas.

«Quintal», de *quintar*, cien *ratl*, una medida de peso equivalente a tres kilos más o menos.

«Taza» viene de *tast*, una fuente de greda o de cobre, para lavarse las manos o llevar agua con ella.

Los árabes al acto de saludar lo llaman *zalam*, y como su saludo es con mucha reverencia, en España se llamó *zalamero* al que andaba con muchas cortesías y alabanzas. *Zalam* en árabe significa «Paz».

«Morisqueta» significó primero «ardid o argucia propia de los moros».

Para saber el origen de «baladí» es necesario hacer un verdadero rodeo en el Diccionario de la Academia: deriva de «balde», y este del arcaísmo «balda», transformación del vocablo árabe *batila*, «cosa que ya no sirve». Pero existe también en árabe la voz *baladí*, con una acepción muy diversa: «decadencia, flojera».

«Algarabía» llamaban los españoles a la lengua árabe, modificando un poco *al-arabía*, «el idioma árabe».

La palabra árabe *cazhat*, «una olla pequeña de greda, o fuente de greda», dió lugar a la palabra española «cazo», una vasija con mango». De aquí derivó «cazuela», una olla de greda. (En Chile hemos aplicado al contenido el nombre del continente.) De «cazo» derivan también «cacerola», «cachivache» y «cazoleta».

«Jaque» es vocablo que nos vino del persa a través del árabe, y su origen es *sha*, «rey». Es, pues, redundancia decir «jaque al rey».

Nuestro «café» viene de *cahuá*, pero los árabes llaman así sólo a la bebida. El arbusto mismo y su fruto son designados con una palabra muy diversa: *Bon*.

«Almirante» viene de *Emir-al-bahr*, «Príncipe del mar»; «Alcalde», de *al-cadi*, «el Juez», y «Alcaide» de *al-caid*, «el jefe de una fortaleza».

«Albañil», de *al-banni*, el constructor de una casa.

Además de «alcohol», el árabe ha proporcionado varios vocablos al lenguaje de la ciencia; como, por ejemplo, «álcali», que es el nombre de la soda, y «álgebra», de *al-chebr*, «la re-

ducción». Pero ya no se usa *alchebr* con esta última acepción sino únicamente con la misma de los idiomas europeos: «una parte de las matemáticas». «Alquimia» fué tomada también del árabe *al-kimia*, pero a lo que parece este vocablo lo tomaron a su vez los árabes del griego, y sólo le agregaron el artículo «al», que es inseparable de los sustantivos. Igualmente tomaron del griego *elixir*, para designar el «licor de larga vida» que buscaban los alquimistas.

Hay también varias palabras latinas que pasaron al español a través del árabe, con el agregado del artículo «al», como «alpiste», «almuerzo», «albaricoque», «alcornoque».

Ocurre que hay una gran cantidad de palabras árabes, dadas por el Diccionario de la Academia como origen de otras españolas, que ya no se usan en el árabe moderno. Tal ocurre, por ejemplo, con *al-hombra*, antecesora de «alfombra». No se la encuentra en el Diccionario árabe, y en el árabe-francés se encuentra *al-jombra* con la acepción *tapis-franc*, o sea, traducido a español, «garito, tapete verde». Lo más seguro es que *al-hombra* sea una modificación de *al-hambra*, «la roja», lo que se explicaría por el hecho que las alfombras hechas en oriente eran de color rojo.

«Zarza», según la Academia, viene de *zaraz*, palabra que tampoco se usa actualmente. *Ausach* se llama ahora a la zarza. Y a propósito, es curioso el origen de «zarzuela». Esta palabra es un diminutivo de «zarza» y era el nombre de la propiedad real donde se representó por primera vez un sainete con música, o sea lo que hoy llamamos «zarzuela».

Asimismo, la Academia da a *fanica*, «saco», como origen de «fanega». *Fanica* ya no se usa: un saco es llamado ahora *kis* o *zakiba*.

«Albayalde» viene de *al-bayad*, «blancura». Lo que en español se llama «albayalde» es designado en árabe por una palabra muy diferente; pero ocurría que las mujeres, en las provincias dominadas por los árabes en España, acostumbraban usar el albayalde como afeite, y en vez de pedirlo en las boticas con su verdadero nombre en árabe, lo designaban *al-bayad*, «la blancura» o «el blanqueador».

La semejanza de forma entre algunas palabras españolas puede inducir a error respecto a su origen. ¿Quién no pensaría que «zurrón» y «zurrar» vienen de la misma fuente? No es así; «zurrón» trae su origen del árabe y «zurrar» del portugués.

Hay casos en que una palabra de procedencia árabe tienen o ha tenido dos acepciones muy diferentes. Ejemplo: «azogue», por una parte el nombre vulgar del mercurio, y por otra el de

un mercado. Se debe esto a que dos palabras árabes diferentes se transformaron en una misma española. Así, el origen de la primera acepción es *azaue* y el de la segunda *azoe*. A lo que parece, ya «azogue» no se usa con este último significado. En cuanto al árabe *azaue*, se ha transformado o ha desaparecido: el mercurio es llamado actualmente *zaibac*.

«Alhaja» viene de *al-haya*, pero ahora se dice *al-hila*.

Pero no sólo ha tenido el árabe cambios formales desde la dominación de los musulimes en España; también las palabras han variado de significado. Así ya no se llama *alcuza* al depósito del aceite en la mesa, sino a un jarro para tener agua en el comedor. Idioma vivo, ha tenido que evolucionar, por lo que muchas de aquellas palabras que dieron vida a la cuarta parte de la lengua española son ya para los árabes actuales letra muerta.

El árabe se habla actualmente en Arabia propiamente dicha, en Mesopotamia, en Palestina, en Siria, en Monte Líbano, en Egipto, en Tripolitania, en Argelia, en Túnez, en Marruecos y en varias tribus nómades al sur de estos cuatro últimos países.
—JANUARIO ESPINOSA.

EL CONDE KEYSERLING EN LA SORBONA

LOS lucidos viajeros que regresan de la patria de Lincoln se hallan en general de acuerdo sobre un punto básico de sus conclusiones, hasta cuando sus reservas de detalle difieren radicalmente. Están unánimes en proclamar que los Estados Unidos representan en su relación con Europa una nueva civilización, un *mundo distinto*.

Para el conde Keyserling, «el mago que aspira a renovar a hombres y pueblos»—según el donoso decir de Francisco García Calderón—, la joven Democracia del Norte podía ser considerada todavía antes de la guerra, a despecho de su independencia política, como una prolongación colonial del Viejo Continente. En 1916, durante el período que precede a la intervención de Estados Unidos en el conflicto armado, las cosas cambian y una nueva era se abre para la gran República. Los descendientes de las trece colonias inglesas toman conciencia de sus fuerzas magníficas, de la cabal pujanza que ellos significan en presencia de una Europa envejecida y des-